

hibiéndole que hiciera algo en el sentido de aliviársela, la ofendería, nada aceptaría, era mujer de principios muy sanos. Fernando se reía.

—“No seas tonta”—exclamaba—“si nos queremos, si nadie lo sabrá, acepta lo que te ofrezco, como préstamo.” Cuando por desgracia tuvieran que separarse, ella le mandaría el dinero, pero mientras tanto, no toleraría que siguiera sufriendo, no faltaba más. Y después de luchar un momento, de palabra, se decidió Miss Eva á aceptar los billetes de cien pesos, á reserva—insistía él—de lo que se fuera ofreciendo. A nadie más que á mí corresponde atenderte. Volvieron las promesas, los juramentos, y aún le pareció á Fernando distinguir una lágrima indiscreta asomándose temblorosa á los azules ojos de la extranjera.

En esa noche, por exceso de caballerosidad, ni la mano le besó al despedirse, según acostumbraba.

—Qué torpe he sido—se dijo al salir—hace tiempo que debí haberlo comprendido y le hubiera evitado la mortificante escena que acaba de pasar.

Cada vez se confirmaba más en la creencia de que era una mujer excepcional. ¿Quién le aseguraba que le había contado su verdadera historia? Indudablemente, se ocultaban asuntos muy graves que no le era dado adivinar, por muchos esfuerzos que hacía. Algo habría dado porque el incrédulo de Gabriel presenciara los acontecimien-

tos últimos. Estaba seguro de que no volvería á llamarla aventurera ni otras lindezas un poquillo más fuertes con que siempre la obsequiaba al ocuparse de ella. Lo que es hoy ha estado sincera, no se finge así como así una mortificación que no se siente ni una lágrima que no existe. Estaba casi cierto de que Eva había llorado, no se lo aseguraba ni á sí mismo pero lo halagaba el suponerlo. ¡Pobrecita! tal vez no tendría parientes ni amigos, y lo que sería peor, ni crédito.

Sin darse cuenta exacta de una idea que lo atormentaba atrozmente, tampoco podía desecharla por completo, limitándose á exclamar en algunos momentos: “Son tan raras estas americanas...”

Continuaron las visitas con mayor asiduidad; después del préstamo comenzó á hacerlas diariamente; en una de tantas, les faltó muy poco para terminar sus relaciones amorosas de un modo hostil. Jamás había aceptado Miss Eva las reiteradas invitaciones que le hacía Fernando para salir juntos. Nunca le faltaban pretextos más ó menos aceptables. En vano era la elocuencia que con grandísimos esfuerzos desplegaba él á fin de decidirla. Sus mejores argumentos se nulificaban al encontrarse con la resistencia amabilísima que ella les imponía. Siempre temores y el qué dirían y que allí no se acostumbraba, ó bien quehaceres imperiosos, recuerdos tristes, amor á la soledad, enfermedades imaginarias, jaquecas fugaces, neuralgias intermitentes, algo que contra su

voluntad surgía á última hora; el resultado era que no había manera de efectuarlo. Fernando se levantó, dirigiéndole mil protestas y algunas de ellas no muy dulces. No lo quería, ni nunca lo había querido ni lo podía querer. Cómo explicarse que queriéndolo, según se lo juraba, observara un proceder tan extraordinario. Nada tenía de malo el que dos personas que se quieren bien, comieran juntas de vez en cuando en lugar público. Abusaba del cariño que le profesaba y por eso, sólo por eso, lo contrariaba sin cesar. Pero tendría fuerza de voluntad, la dejaría de ver para siempre. Miss Eva lo calmó fácilmente; el chico estaba impresionado y cedía á la primera insinuación. Además, los rarísimos disgustos que por el estilo tenían, lo asustaban, por mucho que aparentara lo contrario; había observado un brillo tan pronunciado en los ojos de ella que se sentía con miedo, pero con un miedo invencible, infantil, ridículo. Volvió de nuevo á la carga con ruegos y palabras dulces, dichas en voz baja y temblorosa, acariciándola hasta donde ella lo permitía, que realmente no permitía gran cosa, uno que otro ósculo en las manos y se concluyó. En cuanto á castidad, podía dar á cualquiera, treinta y raya, ni las promesas ni nada en el mundo torcía sus puritanas ideas practicadas con calma abrumadora y que hacían á Fernando el efecto de un sonoro despertador de sus deseos. Por fin accedió, irían una noche, sin decirle todavía cuándo, á ce-

nar á un restaurant, en un gabinete, solos, pero no se repetiría, debía comprender lo arriesgado del capricho.

A los pocos días, la encontró con un humor negro y aún le pareció oírle un juramento en inglés. Tenía que salir por unos días, ya sabía que estaba con un negocio grave. Su ausencia sería de una semana, al interior de la República, pero necesitaba dinero, se lo pidió sin ceremonia y sin pena, ¡era tan bueno! El quería acompañarla, cuidarla delicadamente durante el viaje y hasta llegó á ofrecerse para desempeñar la comisión. No, no era posible, la única manera de serle útil consistiría en dejarla obrar libremente, y en cuanto á fondos, se conformaría con una friolera, lo estrictamente necesario para sus gastos, tomaría la última clase para no serle gravosa. Salía al día siguiente, las malas noticias recibidas así lo exigían, no había tiempo que perder. Y Fernando sin reflexionar, abrió la cartera dejándola que tomara lo que quisiera, haciéndose el distraído por delicadeza y jurándose ser esa la suma postrera que tan tontamente gastaba con una mujer que se burlaba de él. Miss Eva, después de guardarse lo que estimó oportuno, se sentó á su lado amante y conmovida, sin hablar, respirando con dificultad. Repentinamente, sin que Fernando pudiera enterarse, le tomó la cabeza y le estampó un beso en una mejilla, como premio mudo á su desprendimiento. Creyó él que llegaba la hora

del ataque formal y trató de estrecharle la cintura, pero por segunda vez desde que la conocía, se sintió vigorosamente rechazado.

Así eran todos los hombres; nunca están contentos con lo que se les da, han de exigir más y más, insaciables siempre y siempre víctimas de su vanidad desmesurada.

No debía ser como los demás. Lo había besado en un arranque de agradecimiento que á nada ulterior lo autorizaba. Fernando, mordiéndose los labios, al sentirse dominado moral y físicamente, formuló sus excusas que salieron casi ininteligibles. No se habló del suceso, se estuvo con ella hasta muy tarde y se despidió algo triste por la ausencia próxima. Al salir de la sala le preguntó tímidamente:

—¿Y nuestra cena?

—Cuando vuelva, te lo prometo—respondió Miss Eva.

Ganas le dieron á Fernando, al sentirse refrescado por el airecillo helado que soplabá, de darse una de golpes á sí mismo que le recordara con sus cicatrices lo animal que era. ¿Pues no la dejaba ir, bajo su palabra de... qué? Pagaba el viaje y pagaba la casa, y en cambio obtenía promesas de afecto duradero y lecciones teórico-prácticas de moral? Arrepentíase de no haber escuchado á Gabriel y á cuantos le habían predicado, haciéndole ver el tristísimo papel que representaba y que con conocimiento de causa quería

seguir representando hasta la consumación de los siglos! Todo lo merecía. ¿Quién me manda declararme conquistador de lo que no me importa? Estaba seguro de que la *señora* emplearía el dinero que le había quitado en marcharse tranquilamente á donde le diera la gana, riéndose de su galán y contando á quien quisiera oírlo que había conocido un tonto de más, que valía solo por una docena de tontos de menos. Le entraban tentaciones hasta de reñir con un policía para ver si lograba que éste, despertado bruscamente, le arrimara un estacazo en memoria de su hazaña! Estaba decidido, al día siguiente iría á informarse de si toda la excursión había partido ya, y en ese caso, trataría de que arrestaran á la señorita! Por supuesto que sería tan señorita como él... ¡Qué poca vergüenza! Pedir dinero y largarse sin más ni más, haciéndole tanto caso como un tenedor de libros! Cenarían á la vuelta, eh? Arsénico mandaría preparar para que reventara! ¡Hombre se necesita descaro, cinismo y... mucho, para comportarse así! Y lanzando dicterios y reconvenciones entró en su casa, riñendo al portero por su tardanza en abrir.

VIII.

—¿Dice usted que se marcharon hace cuatro días?

Sí, todos, menos el profesor de acordeón que había seguido muy malo de la pierna, probable-

mente se la amputarían. ¿Cómo? ¿Nada sabía? Ya no estaba en el hotel, lo habían pasado á un hospital antes de irse. Si quería, podía ir á visitarlo, y le dieron las señas, debía tomar el tranvía y bajarse en determinado punto, permitían la entrada, sobre todo con una tarjeta; se lo agradecería.

Le bastaron esos detalles. No se había ido con sus compañeros. ¿Dónde podía estar? A nadie contó lo que él presumía un desenlace, conformándose con su mala suerte, empeorada por su falta de tino. Pasó más de una semana y si bien es cierto que allá, de vez en cuando, y sobre todo á la hora en que acostumbraba visitarla, la recordaba un poco, pronto le pasaba esa impresión.

—¿Y por fin qué hubo?—le preguntó Gabriel—que tal terminó tu aventura?

El contestó evasivamente, con cierta maliciosa caballerosidad en las respuestas, dejando entender que no se creía autorizado, ni con un amigo íntimo, á descorrer el velo que envolvía la reputación de una mujer. Si nada afirmaba tampoco negaba nada. Que creyeran lo que quisieran, al cabo no había peligro para ella, lo más probable era que jamás volviera al país ni un pariente suyo. En consecuencia, podían formarse los juicios temerarios que á cada quien forjara su particular fantasía.

La olvidaba totalmente; pero en cierta ocasión, se encontró con el negro que estaba al servicio de Miss Eva. Parecía huírle y por muchas señas

que le hizo Fernando, no se detenía. Fué una verdadera persecución, durante cuatro calles, hasta que lo tuvo al alcance de la mano y le tiró del brazo. Principió el interrogatorio por la exhibición de un duro que el negro aceptó haciendo grotescas reverencias, pero desgraciadamente no se entendían. A fuerza de señas y de pronunciar con frecuencia el nombre de Miss Eva, sacó en limpio que ya estaba de vuelta, en el cuarto de la calle cuyo nombre escribió el negro con muchos disparates. Lo que sí entendió fué que le recomendaba mucho cuidado, porque era muy mala la Eva. Fernando sonrió y se separó del sirviente. Iría á verla, á decirle siquiera que era una indecente, que le regalaba el dinero y que si no había insistido en sus pretensiones dependía de que ella le gustó al principio únicamente. Creía llenar un deber yendo á decirle dos ó tres desahogos fuertes y merecidos. Se recreaba con la idea de su venganza, porque era claro, alguna impresión le había de producir por grande que fuera su desmoralización, verse despreciada por quien había estado tan rendido y de quien había abusado tan á su antojo explotando los buenos sentimientos que él, Fernando, tenía siempre y especialmente para con las mujeres!... La sorprendería al obscurecer, cuando no lo esperara. Sería asunto de media hora. Pocas palabras, pero bien dichas, enérgicas si la situación las reclamaba. Necesitaba arrojarle á la cara, sin consideraciones á su sexo—¿acaso

ella se las había guardado á su cariño?—cuatro verdades que la ruborizaran, que la hicieran comprender que muchas veces es preferible gastarse algo en conocer á un individuo, sobre todo si es mujer, que vivir engañado como él había vivido hasta entonces. Porque en efecto—decía Fernando—á qué móviles puede haber obedecido esa conducta tan irregular, tan injusta? No hubiera sido mucho más natural, mucho más decente, pretextar cualquiera cosa para romper, y en último caso, confesar que se había equivocado al bautizar el sentimiento que él le inspirara, que no había sido amor ni algo que se le pareciera, sino pura y simplemente una ligerísima simpatía? ¿De qué podía servir á Miss Eva, concitarse por gusto una mala voluntad? Hizo Fernando su provisión de valor; tenía su miedecillo, sin saber por qué; lleno de los propósitos más hostiles dió con el nuevo domicilio de Miss Eva. Ella misma salió á abrirle y á él le faltó ánimo para lanzarle la primera parte de su discurso.

—¿Qué dirás de mí?

—Nada, al contrario, estoy encantado con el manejo de usted—respondió Fernando, admirado de verse á la altura de la situación empleando lenguaje tan sarcástico, según él mismo refirió después á Gabriel. Y comenzaron las explicaciones, siempre á media lengua, saliendo de braceró las frases amorosas con los desatinos. Creía obrar bien, alejándose, aunque sacrificara los instintos

de su corazón; comprendía que esas relaciones la llevaban á un mal fin; no debía resentirse, por muy caballero que fuera no se substraería á una regla tan generalizada. ¿No había observado que la víspera de partir, ella había tenido un momento de peligrosa debilidad, de que ahora se arrepentía, dándole un beso que jamás debió darle? Con la ignorancia del idioma, hablaba Miss Eva despacio, buscando las palabras, pensando las construcciones que salían como impensadas y dando á instantes tan deliciosos el carácter de una lección de Ollendorf. Fernando trataba aún de hacerse el ofendido, fruncía el ceño, pero á cada vez que quería hablar, ella le tapaba la boca rogándole que lo olvidara todo, que supuesto que no había remedio, siguieran como antes, sin variar en nada lo acostumbrado, queriéndose mucho, ¿no le convenía?

—¡Sí, pero con una condición!

—¿Cuál?

—Que cenemos juntos, me lo prometiste.

Miss Eva reflexionó un poco sin demostrar mucho entusiasmo respecto á ese número del programa.

—“Está bien—contestó—cenaremos mañana.”

¿No trataba de engañarlo de nuevo? ¿Por qué estaba siempre llena de plazos y de obstáculos para cumplir los deseos de él?

Le aseguraba cumplir, iría, no lo suponía capaz de abusar de esa concesión tan solicitada, confía-

ba en él. La reconciliación fué formal; ¿qué más podía exigir? Se despidió amabilísimo, casi tierno. Lo que es ahora—exclamó para sí—no se me escapa. Ya bastaba de contemp'aciones y de boberías, la haría beber, y, es claro, no podría resistir. Por fin llegaba al desenlace.

Comprendía que había tenido un capricho por ella, pero pagado algo caro; tenía derecho á exigir, aunque fuera más honrada que Juana de Arco, la doncella de Nueva Orleans,—si sus reminiscencias históricas no le eran tan infieles como Miss Eva.—

—¡Sí, sí, de Nueva Orleans, estaba seguro!

Al día siguiente tomó una ducha y soñando con una escena anacreóntica, distrajo su impaciencia de mil modos. Creyó que nunca llegaría la hora, no quiso hablar con nadie, temiendo que un contratiempo cualquiera viniera á entorpecer sus designios. Vagó por las calles, discurriendo sobre las consecuencias que su hazaña podía acarrearle; recordaba lo que en casos análogos habían hecho algunos amigos suyos muy duchos en achaques galantes, aunque él no los llamara achaques por parecerle la frase de mal agiiero: generalmente se aplica á la debilidad física que es inseparable de los ancianos. ¿A quien le había oído esa palabra? no recordaba; un momento estuvo pensando en ella y la olvidó. Deteníase á cada instante sin objeto fijo ó bien levantaba la cabeza encontrando en la arquitectura de los edificios que mejor conocía,

detalles cuya existencia jamás sospechó. Parecíale ver una ciudad enteramente nueva.

No se daba cuenta de lo que en realidad cambia una ciudad vista de esa manera, cuando el que la observa, la ha habitado largo tiempo sin entrar en esas consideraciones.

Empleaba hasta media hora en abandonar una vidriera, sin fijarse en lo mucho que encerraba, artísticamente combinado, para deslumbrar al transeunte.

De pronto, sin coherencia con su pensamiento dijo en voz alta: "Eso es, fué en un periódico". Se refería á la palabra achaque.

Encaminóse á la casa de Miss Eva y le llamó la atención un temblorcillo nervioso que delicadamente lo sacudía conforme iba acercándose. ¿Estaría emocionado? La verdad era que no estaba muy práctico en eso, pero alguna vez había de empezar.

Ya ella estaba esperándolo en un traje excesivamente casto, con el velito sobre la cara, el mismo que usó en su viaje. Antes de salir, al ponerse los guantes, volvió á comenzar con ruegos y súplicas, regresarían temprano, ¿sería prudente? ¿se estaría quietecito? Fernando prometía, juraba que no tendría queja de él, haría su voluntad. La tomó del brazo y al sentirse en la calle á solas con ella, que tanto lo había hecho pasar, suspiró de satisfacción. A su juicio era esa la victoria, la verdadera, la decisiva.

Temiendo que Miss Eva cumpliera sus amenazas y considerando que el buen momento

F. GAMBOA.

gaba todavía, en todo el trayecto fué un modelo de atenciones y cumplimientos. Ella iba muy contenta y aún se lo manifestaba materialmente, dándole golpecitos en la espalda que al pobre chico le parecían halagüeño indicio. Llegaron al restaurant y atravesaron el patio de prisa, sin hablarse, para no ser notados, como malhechores. Codeábanse maliciosamente los camareros por no reconocer á Miss Eva que con su estatura, en todas partes llamaba la atención. Fernando sí era conocido, especialmente por sus propinas muy liberales, cuando los caldos funcionaban con regular abundancia. Tomaron un gabinete reservado, con balcón á la avenida, por donde se colaban los gritos de los muchachos, el ruido de los carruajes y un pálido rayo del alumbrado eléctrico. El espejo del gabinete tenía el aspecto de un jeroglífico egipcio cruzado en todas direcciones por líneas variables, monogramas fantásticos, fechas misteriosas y nombres á medio borrar.

Por tal de no descubrirse delante del mozo, no quiso Miss Eva ordenar la cena. Prefería el gusto de Fernando, quien por amor propio y buen apetito mandó preparar una gastronómica colección de platillos.

Abundaban los mariscos.

También pidió vino blanco, y rojo, y verde, había para formar un arco-iris vinícola.

—Quítate el abrigo y el sombrero, estarás mejor.

Aceptaba, siempre que bajaran algo la lámpara.

DEL NATURAL.

ya sabía que no toleraba la luz fuerte. Fernando se apresuró á complacerla y, en efecto, el gabinete quedó envuelto en una semi-obscuridad deliciosa. A la hora del champagne, á lo sumo si había obtenido uno que otro significativo pisotón de parte de su compañera, insensible al parecer, á la maléfica influencia de los mariscos y vinos. No alteraba por nada la gravedad con que llegó á cenar. Fernando, al contrario, todo lo creía fácil, asequible, á su alcance; reía de lo más grave y á cada paso intercalaba la palabra "achaque" que no podía olvidar y que lo alegraba sin razón, con pronunciarla únicamente. Quejóse del calor, pero Miss Eva le prohibió abrir el balcón. Quiso marcharse.

Eso sí no podía aceptarlo él, la quería demasiado y supuesto que había aceptado la cena, debía cuando menos darle un beso, en la boca, ardiente, apasionado. Miss Eva se echó á reir y Fernando, medio ebrio, quiso tomarse por la fuerza lo que voluntariamente le negaban. Comenzó una lucha en que él llevaba la peor parte por más que Miss Eva se limitara á rechazarlo con suavidad; hasta que, impacientada por las necedades de Fernando, se irguió y con ademán viril le asestó un golpe de clásico pugilato que dió con el pobre enamorado sobre el canapé. ¡Lo menos le había saltado tres dientes! Al poco rato el escándalo era espantoso, corrían camareros remangándose el mandil, entraban policías, se hablaba de un asesinato, algunas señoras se desmayaron, muchos señores se retira-

F. GAMBŪA.

ron sin pagar, aunque con dignidad; era aquello monstruoso.

El sostenía que todo era juego, pero jugando ó en serio se llevaron á la bulliciosa pareja á la Inspección y mientras llegaba el comisario, pasó cada cual á su departamento respectivo. No transcurrió mucho tiempo sin que se oyera otra de gritos y de golpes en el de mujeres, que daba horror. Abrieron, y era Miss Eva la que repartía, ciega de ira, bofetadas á mano limpia.

—¡Es hombre! ¡Es hombre!—decían azoradas las detenidas.

Se procedió á averiguarlo. El practicante de guardia, asistido de media docena de gendarmes robustos iba á practicar el reconocimiento, cuando Miss Eva prefirió declarar la verdad.

—Era un célebre filibustero tejano, que personalmente quiso enterarse de cómo andaba la pública opinión respecto á sus congéneres y que adoptó un disfraz femenino para no ser reconocido en la empresa!

Fernando, desde entonces, se ha retirado á la vida privada.

EL PRIMER CASO.

I

La desdichada familia de don Isaac Cortijo pisaba las desoladoras fronteras de la miseria.

Los últimos amigos fieles que los habían ayudado, se hacían los sordos á las insinuaciones del infeliz don Isaac. Era un buen hombre, un bello sujeto, pero pobre y pobre sin esperanzas de mejorar; y aun cuando una buena acción satisface al ejecutarla, el repetirla es enojosa, cansa, agobia, corta relaciones.

Según él, todas sus desdichas nacían de haber servido al Imperio con lealtad y casi por obligación. Su apellido lo hacía soñar en antecedentes de nobleza, muy desvanecidos, invisibles, pero que en medio á sus contrariedades le servían para sobrellevar pacientemente las pesadas bromas que le corría la suerte. Al triunfar la República, se dió por muerto, su elevado puesto debía llevarlo al cadalso ó al destierro.

Escribiente del Tribunal Correccional no era cualquiera cosa; indudablemente lo fusilarían.

Pensó primero en ocultarse, cambiar de nombre, huir á alguna parte, y tres inconvenientes le ata-